





1954

• Erasmo Castellanos Quinto

Nació el 3 de agosto de 1880, en Tuxtla, Veracruz.

Se graduó como Licenciado en Derecho, por la escuela de Jurisprudencia de Orizaba, laboró en el bufete del Licenciado Gutiérrez Otero, por recomendación del General Porfirio Díaz y la Señora viuda de Mier y Terán, bufete donde no permanecería mucho tiempo al percatarse de la defensa de casos a los que no asistía la razón y la legalidad. Posteriormente, aprovechó la oportunidad que le ofreció Ezequiel A. Chávez, Director de la Escuela Nacional Preparatoria, para ocupar el puesto de Secretario del Plantel.

Erasmo Castellanos contrajo nupcias en 1904 con Gabriela de la Torre. Es curioso señalar que el mismo Maestro Castellanos ocultó la fecha del enlace matrimonial, así como la de su nacimiento, quizás por la circunstancia de que su esposa era diez años mayor que él.

La actividad docente de Erasmo Castellanos en la Escuela Nacional Preparatoria se inició cuando gana, el 31 de julio de 1906, el concurso de oposición respectivo para ser designado profesor adjunto de Lengua Nacional; entre los académicos que substituyó temporalmente se encuentra Amado Nervo, el cual realizaba misiones diplomáticas en el extranjero. En 1908, fue nombrado profesor titular de Lengua Nacional y Lectura Comentada de Producciones Literarias Selectas. Un año más tarde, en 1909, los méritos y cualidades docentes de Erasmo Castellanos lograron que fuese designado Subdirector de la Nacional Preparatoria. Debido a su nuevo cargo, Castellanos asistió a los actos oficiales de la Preparatoria, participando más visiblemente en la vida cultural del fin del porfiriato y al lado de figuras de la época, como Justo Sierra, entonces al frente de la educación nacional como Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes; de José Ives Limantur, Ministro de Hacienda; y de Porfirio Parra, Director de la Preparatoria. Su casa era sede de reuniones dominicales a las que asistían, entre otras personas, Amado Nervo, Luis G. Urbina, Ricardo Castro, Rafael Ángel de la Peña y Ezequiel A. Chávez.

Es importante señalar, para ser justos con el Profesor Castellanos, que si bien estaba al tanto de las nuevas ideas, él tenía en gran valía la labor de los viejos positivistas que habían construido el edificio educativo nacional, en particular la Escuela Nacional Preparatoria. Como es lógico, en 1910 participó en los homenajes fúnebres que se rindieron a la memoria de Gabino Barreda, fundador de la Preparatoria e introductor del positivismo en México. Ya en vísperas del fin del régimen porfirista, el Profesor Castellanos asistió, en su calidad de Subdirector de la Preparatoria, a la toma de protesta del Doctor Manuel Flores como nuevo director de la institución.

La Revolución conmovió a la sociedad mexicana y sus instituciones, por eso es más meritoria la disciplina del Profesor Castellanos que se ganó el reconocimiento de propios y extraños al continuar con sus labores docentes sin faltar a la cátedra. Sobre esto hay una anécdota que refleja bien esa actitud; durante la Decena Trágica de febrero de 1913, el maestro fue todos los días a impartir su clase a San Ildefonso sabiendo que no encontraría alumnos ni profesores. Esta misma actitud la mantuvo cuando las tropas villistas y zapatistas ocuparon la capital y la inasistencia al plantel fue mayor que nunca; sin embargo, el General Francisco Villa obligó a Erasmo Castellanos a asumir la dirección de la Preparatoria para que esta no cerrara.

Al retirarse las fuerzas revolucionarias que sostenían el Gobierno de la Convención, las tropas constitucionalistas ocuparon la capital y asumieron el Gobierno de ella. Es entonces, cuando el Ministro de Instrucción Pública de Venustiano Carranza, el Ingeniero Fulgencio F. Palavicini, consideró que la actitud y labor del Maestro Castellanos no fue revolucionaria, por lo que le pidió la renuncia de su cargo de Director de la Preparatoria y además lo retiró temporalmente del ambiente docente. Ignoramos la fecha en que el maestro se reincorporó a la docencia después de ese obligado retiro, pero lo que sí podemos decir, es que no la volvió a abandonar sino hasta su muerte.

En 1919 publicó *Del fondo del abra*, único libro que vio la luz estando él con vida. Él mismo realizó la tipografía y para su presentación organizó una velada literario-musical en su casa.

Erasmo Castellanos, estudioso de la literatura en lengua española, dedicó sus esfuerzos al análisis y valoración de la obra de Miguel de Cervantes Saavedra, especialmente el famoso *Don Quijote de la Mancha*. Posteriormente, en reconocimiento a sus amplios conocimientos literarios ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua. Paulatinamente, el Profesor Castellanos se fue aislando y sus participaciones públicas cada vez fueron menos, con excepción de su labor docente, que continuó.

En 1946, formó parte de la Campaña de los Diez Millones, destinada a la construcción de la Ciudad Universitaria en la Ciudad de México, evento que fue organizado por Enrique Vázquez Domínguez. Al año siguiente, su amigo Francisco Pimentel envió sin su autorización, el estudio *El triunfo de los encantadores*, para que tomara parte en el concurso celebrado por la Sociedad Cervantinista de México por la conmemoración del IV Centenario de la muerte de Cervantes, y en el cual participaron más de cuarenta y dos obras de todo el continente. El trabajo del Maestro Castellanos ganó al ser considerado el mejor estudio cervantino. La ceremonia de entrega del premio se llevó a cabo en el Palacio de Bellas Artes.

Erasmus Castellanos Quinto fue condecorado con la Medalla de Honor Belisario Domínguez, otorgada por el Senado de la República, en el año de 1954. Desgraciadamente, falleció el 11 de diciembre de 1955.

DISCURSO DEL SENADOR LUIS I. RODRÍGUEZ

Señor Presidente; Señor Secretario de Educación Pública; Señor Rector de la Universidad, Honorable Asamblea:

Todos nuestros próceres, particularmente el que homenajeamos en esta sesión solemne, han podido ofrendar su vida impulsados por un inmenso amor a su Patria, con todo el coraje de un mexicano que trata de cumplir con su deber sin esperar recompensa de ninguna especie.

Belisario Domínguez, y como él toda la pléyade de luchadores de nuestro país, lo mismo en las batallas parlamentarias que en los campos de la lucha civil, siempre han pasado lista de presentes entre los mejores hombres de su pueblo, sin pensar, ni por un instante, que el gobierno algún día podría recompensarles públicamente su sacrificio, su esfuerzo y su trabajo.

De ahí que este Honorable Senado de la República, en uno de los primeros acuerdos tomados durante nuestro periodo legislativo, determinara premiar al mexicano que se hubiera distinguido por su amor a la Patria, por el bien que hubiera hecho a nuestro pueblo, por su maravilloso esfuerzo al servicio de la ciencia, de la democracia, de la caridad; al hombre y a la mujer que fueran dignos de señalarlos en esta tribuna, que es la de la Patria, como los más altos mercedores de una recompensa nacional. Y de ahí que se otorgue la Medalla de Honor que lleva el nombre del mártir de la democracia y que ha surgido en este Senado para prenderla al pecho de los hombres y mujeres mexicanos más dignos de recibir la preseña por el esfuerzo gastado en su vida.

Muchas veces, señores Senadores, tuvimos que reflexionar maduramente respecto a los hombres y mujeres capacitados para recibir tan elevado honor. ¡Son tantos los que existen en nuestra Patria, son tantas las mujeres que se han significado por su admirable esfuerzo al servicio de nuestro pueblo, que realmente no podíamos nosotros destacar a personas físicas capaces de merecer semejante preseña! En el orden militar, en el campo de los científicos, entre los legisladores mismos, entre nuestros ilustres Constituyentes, entre los hombres más distinguidos en las letras, entre las gentes que se han significado por el esfuerzo de su músculo en el trabajo, en todas partes encontrábamos una magnífica lista de hombres capaces de merecer nuestro premio. Sin embargo, el Senado de la República se inclinó porque en este año, el primero en la vida institucional de México en que la Alta Cámara otorga una recompensa a los mexicanos distinguidos, señaláramos como el gremio más capacitado para recibir nuestro homenaje, como el grupo más abnegado y más querido por nuestro pueblo, como el grupo de hombres y de mujeres que han trabajado activamente por el bienestar del país, que se significara en esta hora solemne con nuestro aplauso y con la recepción de nuestros laureles, el Magisterio Nacional. Porque el Magisterio Nacional de México es la forma más callada, más abnegada, más cariñosa para nuestro pueblo, siempre ha servido con un apostolado ejemplar, con un espíritu de sacrificio dispuesto al bien de los demás, a entregar todo su saber, a entregar todo su

entusiasmo y toda su emoción, sin esperar la recompensa, no digo ya de las autoridades, ni siquiera de los mismos alumnos que han aprovechado el caudal de su experiencia, la riqueza de su enseñanza.

¡Quién no recuerda el papel glorioso que siempre ha desempeñado el modesto maestro de banquillo en nuestras campiñas y en nuestros lugares apartados del país!, ¡Quién no lo ha visto acudir a la diaria tarea, siempre con una luz clavada en su imaginación, dispuesto a realizar el trabajo más elevado y más digno del hombre, como es el de enseñar al que no sabe, el de destruir las sombras de la ignorancia entre nuestros hijos y entre nuestros adultos! Ahí se alza el maestro en épocas duras para nuestro país, en épocas aciagas para nuestro pueblo; en la Revolución misma donde no ha suspendido su tarea, y a pesar de que la metralla muchas veces ha llenado de inquietud nuestras mentes, siempre hemos visto al trabajador de la enseñanza firme en su puesto, detrás de su pupitre, señalando a los niños la letra que deben aprender o señalándoles la lección que debe enriquecer su cerebro. Y si es en el banquillo de las primeras letras, si es en el plantel más modesto como es la escuela rural, ¿Qué no podemos decir también, señores Senadores, del esfuerzo gastado por los mentores de nuestra Patria al hacerse cargo de la educación de nuestros centros urbanos?

Muchas veces hemos sentido toda la inquietud espiritual cuando hemos visitado sus planteles carentes del mobiliario necesario, del material escolar, amenazando ruinas las paredes y los techos, sin tener ni donde sentarse el alumno, y, sin embargo, el abnegado maestro, como si estuviera con todo el confort necesario, como si no reclamara ni un lápiz, ni un yeso siquiera para ilustrar su clase, sigue firme en los destinos de México, impartiendo su enseñanza a los niños, tratando de prepararlos, de mejorarlos, de elevarlos en su nivel cultural para que mañana sean dignos servidores de nuestro pueblo.

Y si para ellos va nuestro elogio fervoroso, si para ellos van los frescos laureles del Senado de la República como prueba evidente de la cordial simpatía que sentimos por su noble tarea y del reconocimiento y respeto que nos inspira su trabajo, también alcanza este homenaje de nuestra parte al distinguido catedrático mexicano, al catedrático de la Universidad Nacional, al catedrático de las Universidades de nuestras provincias, al catedrático de nuestras escuelas superiores, que muchas veces abandonando su tiempo, quitándose preocupaciones del hogar, tratando de mejorar sus emolumentos con dos o tres empleos que le permitan subvenir a sus necesidades, sigue atento a su cátedra, imparte sus conocimientos, forja los caracteres de sus alumnos, les inyecta voluntad, los llama al coraje patriótico, sin importarles que mañana o pasado, doblegado él por el esfuerzo que ha gastado en su vida, tenga que sucumbir al fin sin ningún respeto ni merecimiento de los demás. Nuestro aplauso alcanza a esos hombres maravillosos, ejemplares, de nuestro país; a esos hombres y mujeres que siempre hemos visto con los brazos abiertos, dispuestos a señalar su vida como un ejemplo luminoso para las juventudes de México.

Dentro de este grupo, el Magisterio Nacional, tan respetado, tan admirado, tan querido por los Senadores de la República, desde la maestra de párvulos hasta el más alto Rector; dentro de ese grupo hemos encontrado, Señor Presidente, señores Senadores, dos figuras inmaculadas: a un hombre y a una mujer que representan auténticamente las virtudes y las condiciones de su gremio. Hemos encontrado a esta noble matrona que se llama Rosaura Zapata. Maestra venerada en el mundo entero, mujer sencilla, nacida en lo

más apartado de nuestra provincia, nacida en las playas de La Paz en el Territorio Sur de la Baja California, y que ha quemado toda su existencia, que ha quemado toda su vida en hacer el bien a nuestra Patria. ¿En qué forma? Sembrándola de Jardines de Niños por doquier, iluminando la sonrisa de nuestros hijos, orientándolos en un sistema educativo que después ha merecido la aprobación y el aplauso de todos los gobiernos de la Tierra.

Esta modesta maestra, desde hace cincuenta años, está sembrando esa semilla luminosa sobre el territorio de nuestro país. A ella le debemos los kinders; a ella le debemos los Jardines de Niños; a ella le debemos ese milagro de sentir a los niños de nuestro pueblo, a los hijos de nuestro pueblo que van cariñosamente al hogar colectivo para llenarse de risas, para llenarse de júbilo, para llenarse de esperanzas, para formar esa coeducación tan necesaria en nuestro medio a base de juegos, a base de tranquilidad, a base de dicha, que les imparten Rosaura Zapata y todas las generaciones de maestras que ha formado. Porque entendámoslo bien: cuando ella se lanzó a esta excepcional tentativa, no contábamos con el material humano necesario, no teníamos las educadoras especializadas en tan difícil materia, y es la Profesora Rosaura Zapata la que, con una abnegación ejemplar, viene formando esas educadoras especializadas para los Jardines de Niños; y es en los estados donde comienza a sentirse el milagro de su mano, es en nuestras provincias donde comienza a recogerse la trayectoria de su pensamiento, es en nuestros pueblos, señores Senadores, donde comienza a germinar y reverberar el espíritu maravilloso de la mujer que ahora homenajeamos, para que vayan surgiendo grupos de educadoras que se lanzan con hondo desinterés, con un amor absoluto a la enseñanza, para recoger casi desde la cuna a nuestros hijos y entregarlos más tarde al maestro de las primeras letras. ¡Cómo no va a ser meritoria esa labor cuando se han gastado cincuenta años en realizarla! ¡Cómo no va a ser meritoria, cuando la mujer que la ha producido, que ha quemado las pupilas de sus ojos en el estudio; la mujer que no ha tenido distracciones, que se ha abstenido de todo lo que pudiera ser felicidad para ella, inclusive la que se ha ahuyentado del matrimonio para no perder tiempo destinado a los hijos de su pueblo; cómo no va a ser, decíamos, meritoria y provechosa esa labor, cuando esa mujer, callada y sencilla, no tiene ya otra recompensa de parte de su pueblo que una jubilación, el respeto nacional y un deseo de su parte de reintegrarse otra vez a las playas ardorosas de California, las mismas donde se mecía su cuna, para seguir viviendo su vida tranquila y modesta, contemplando todas las tardes en Perote como el sol se hunde en el tramonto llevándose todas sus esperanzas y llevándose todas sus emociones!

Ni siquiera, Señor Presidente, cuando la Revolución desató sus raudales más sonoros, cuando erizaban los aires las músicas bélicas, cuando irrumpía en todas partes el fragor de la metralla y cuando tocaban a rebato las campanas del tumulto público, ni siquiera en esos momentos se paralizó la acción de Rosaura Zapata. Fiel amiga de Carranza, lo siguió como soldado de la cultura; y estuvo en Veracruz, y cuando nuestro gran Jefe hallábase entregado a todas las preocupaciones necesarias para ganar la causa del pueblo y volver a México al régimen de las instituciones, esta modesta profesora, en aquel entonces, contribuía al triunfo de la Revolución con el primer Jardín de Niños en Veracruz, en el momento mismo del fragor nacional, para patentizar que Carranza no significaba exclusivamente la metralla en los campos de batalla, sino que Carranza se preocupaba por los hijos del pueblo, organizando la educación preescolar en la forma que ella lo hacía.

La tarea de ella, señores Senadores, ha sido reconocida no sólo por las autoridades de México; ha sido reconocida por las autoridades de otros países y muy especialmente por la Organización de Naciones Unidas. Ascendiendo en su carrera por riguroso escalafón, la vemos como Directora General del Departamento de Enseñanza Preescolar de nuestro país; dirigiendo ya a los grupos de alumnos que formó y recreándose con la dicha que reverbera en los Jardines de Niños, más de mil trescientos que existen a lo largo de nuestro suelo, en el que muchos planteles llevan con orgullo el nombre de Rosaura Zapata como recuerdo y como gratitud para ella.

Pero no es eso todo: los gobiernos extranjeros vieron en la acción ejemplar de esta mujer una clarinada; la estudiaron, conocieron su doctrina, conocieron su obra y la invitaron como técnica. Desde sus años aquellos de fundadora de los Jardines de Niños ya había visitado Nueva York, ya había visitado Chicago, pero después, en plena madurez, cuando la obra ya daba el fruto apetecido, entonces recorre países de Europa, se da cuenta que están más atrasados que México en esa materia: enseña, ilustra, orienta, y cuando regresó, merece honores tan distinguidos como el de la Organización de Naciones Unidas, de donde la encargan de la Jefatura del Departamento de Enseñanza Preescolar en el mundo, para que sus orientaciones sirvan de rumbo a los mentores de nuestros días. Y es Rosaura Zapata la que después de no pedirle más a la gloria sigue siendo modesta, tranquila, sencilla, siempre detrás de su pupitre, trabajando, enseñando, a pesar de que en todas partes se dice que Suiza y México ofrecen los mejores ejemplos de los Jardines de Niños.

Esta es la mujer que homenajeamos, tanto por sus merecimientos personales como por formar parte del Magisterio Nacional, al que se debe por entero, y por ser para nosotros un símbolo auténtico del esfuerzo que representa la mujer mexicana cuando quiere hacerle un bien a la Patria. Por ello es que el Senado de la República ha aprobado prender en su pecho nuestra condecoración, porque la sentimos un ejemplo, porque la vemos como un símbolo, porque la reconocemos todavía como una esperanza y porque la preparamos como una realidad mexicana.

Por lo que toca al Maestro Don Erasmo Castellanos Quinto, aquí está presente también: maestro de maestros porque ha forjado muchas generaciones; hombre de letras cien por ciento como no hay otro en el mundo, menos en el de habla española; hombre que ha quemado toda su vida en la cátedra, que ha formado a nuestros jóvenes, que ha orientado a nuestros hijos; que durante sesenta años, Señor Presidente y colegas muy estimables, durante sesenta años no ha faltado un solo día a su cátedra.

Este santo varón amantísimo de México, apolítico por todos lados, sin otro mundo que su pequeño o gran mundo de la enseñanza, este hombre durante todos los meses del siglo que corre se ha impuesto la tarea de orientar generaciones y generaciones. Muchos de los aquí presentes, sin duda alguna, han sido alumnos de él. Su nombre se recoge y se conserva y se repite con el respeto que un mexicano debe sentir por otro mexicano que, a los noventa y cuatro años de su preciosa vida, todavía tiene impulsos para levantar los brazos y tocar el cielo con sus manos.

No los buscamos, señores Senadores, entre los hombres y mujeres más renombrados de nuestro país, sabiendo que tienen demasiados honores para esperar el nuestro; los hemos buscado en el mundo de la modestia. Hemos encontrado a la Profesora Zapata en la

mesa del trabajo, le hemos notificado en presencia de las altas autoridades de Educación Pública; y al Maestro Castellanos Quinto lo hemos encontrado -dicho sea a media voz- en una vivienda de las más modestas de nuestro país, rodeado de sus amigos, dos o tres ancianos venerables como él, y de cuatro o cinco perros callejeros que ha podido socorrer con su mano y con el sueldo de su cátedra, para que no fallezcan de hambre. Este hombre desinteresado, que no tenía siquiera un traje adecuado para presentarse en el Senado; este sabio mexicano merecedor de todo nuestro aplauso y de todo nuestro respeto, nos honra, lo mismo que la señorita Zapata, con su presencia aquí.

Nosotros nos sentimos orgullosos, señores Senadores, de haber tenido tan feliz acuerdo de premiar a dos representantes del Magisterio Nacional: el que está en el banquillo de los maestros en nuestras escuelas diarias, y el que está en la cátedra honrándola con su talento y con su experiencia, porque dicho sea de paso, las interpretaciones que Castellanos Quinto ha dado a la literatura dantesca, nadie en el mundo las ha producido. Castellanos Quinto ha impartido su cátedra, durante muchos años, sobre la literatura cervantina, y nadie en el mundo lo ha igualado. ¡Cómo van a igualarlo, si tiene treinta años de dar la clase del Quijote a nuestros hijos; si tiene treinta años de repetir renglón por renglón, de expresarlo, de vivirlo y de sentirlo como ejemplo! ¡Cómo van a igualarlo!

Después de esta pequeña disertación en homenaje a nuestros grandes maestros, quiero pensar, Señor Presidente, que el galardón que les ofrecemos a ellos como representantes del Magisterio Nacional Mexicano, debe alcanzar también a los altos funcionarios que nos hacen el favor de visitarnos en esta hora.

Al Señor Licenciado Don José Ángel Ceniceros, que, con un esfuerzo ejemplar; ha puesto a la Secretaría de Educación Pública en el lugar en que los representantes del pueblo queríamos verla desde hace muchos años; a un hombre que tiene la templanza suficiente para poder orientar y dirigir a todos nuestros maestros; a un hombre de recia convicción revolucionaria, que se abraza a la escuela laica como la mejor conquista de nuestras épocas de ayer y de nuestras épocas futuras. Para ese Señor Ministro ya está prodigado el aplauso, por él muy merecido.

Y el Señor Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, quien representa en este momento a los intelectuales de nuestro país, pienso que también merece toda nuestra cariñosa bienvenida, porque honra el puesto que tiene y porque se ha entregado cien por ciento a fomentar, a darle vigor; a darle estímulo a la intelectualidad de nuestra Patria.

Después de decir estas palabras, creo que realizamos una noble tarea que nos impuso Don Belisario Domínguez. Lo decía minutos antes mi querido colega el Señor Senador por Sonora: Belisario Domínguez nos enseñó, con ejemplo luminoso y con palabra inolvidable, que el Senado de la República en todos los momentos debe cumplir con su deber para garantizar los destinos gloriosos de México; y nosotros, en esta hora solemne, estamos cumpliendo con nuestro deber de ciudadanos y de representantes del pueblo, al prender sobre el pecho de dos insignes compatriotas nuestros la mejor recompensa, que significa que el pueblo de México admira en estos dos viejos maestros, en estos dos venerables y auténticos maestros, a quienes lo han orientado, a quienes lo han dirigido y quienes han quemado su vida por nuestra felicidad.